

T ↓

## LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

Por FRANCISCO CUEVAS CANCINO ← A

Como, ¿un artículo más? ¿Otro gota al océano de tinta que cubre esa entrevista? Son recientes los motivos que me impulsan a pedir la benevolencia de los americanos. En días pasados recibí la visita del embajador don Eduardo Colombres Mármol. Este distinguido caballero ha dedicado su vida a librar a su padre del cargo de falsificador con el que quedó censurado por la historiografía americana. Su filial empeño merece todos nuestros respetos. La visita de don Eduardo tenía como propósito ponerme al tanto de sus afanes. Después de ímprobos esfuerzos, ha logrado que el gobierno argentino acepte reconsiderar el rechazo de la donación de los documentos bolivarianos que le hizo don Eduardo Colombres Mármol, padre; estos consisten en supuestas cartas que confirman la versión de que San Martín se retiró para dejar el campo libre a Bolívar, quien ansiaba ser el único libertador del Perú. Don Eduardo ha aportado nuevos elementos: entre ellos un dictamen de paleógrafos españoles, según el cual los discutidos documentos datarían de la primera mitad del siglo XIX. ¿Y las firmas, le pregunté, recordando alguno de los argumentos esgrimidos contra ellos hace ya treinta años? No he procurado identificarlas, me repuso; usted sabe que casi todos los documentos de esa época existen en copia. Aspira pues don Eduardo a que el gobierno argentino acepte los documentos descubiertos por el embajador Colombres Mármol; además, y no en último lugar por cierto, a renovar en contra de Bolívar la controversia iniciada en 1843 al publicar el francés Gabriel Lafond una carta atribuida a San Martín, raíz y base de la leyenda maniqueísta que contrasta la ambición desorbitada del uno con la grandeza de ánimo y desprendimiento del otro.

Una vez más se espera achacar al Libertador su despiadada apetencia y su descomunal personalismo; colgarle en fin el sanbenito de haber obstruido la sazónada libertad del Perú por añadir un ala más al edificio de su gloria. Y esto, para un bolivariano de vieja cepa, es inaceptable.

Errores tal vez, bastardías ninguna en la vida de Libertador, dice Montalvo. Y el infundio que se le achaca en la versión que se propala desde Lafond, y que ahora pretende confirmar don Eduardo Colombres Mármol hijo, ¿no es acaso una bastardía? Es por ello que desde ahora salgo a la palestra para señalar por donde creo que debe encauzarse la valoración de los susodichos documentos.

A la defensiva hemos estado los bolivarianos. Nos hemos limitado a discutir la veracidad misma de la carta de Lafond. Error capital, que estriba en aceptar la batalla en el campo que conviene al enemigo. No tenemos por que restringirnos a

la carta misma, ni por consiguiente a los documentos de Colombes Mármol. Cier- to que San Martín se retiró de un Perú aun ocupado por los españoles, y que por muchos años guardó un cuidadoso silencio. Esto, en cambio, no ocurrió con Bolívar. ¿Cómo podría permanecer en silencio quien encaró los problemas cardinales de lo que es hoy Ecuador, quien combatió un ejército colonial por catorce años victorioso, quien al fin impuso al Perú esa guerra tremenda, sin la cual ondearía aun en el Cuzco el gonfalon de Pizarro? Y valga aquí recordar que la oriflama que se llevó San Martín de Lima no era sino copia del original, signífero ejemplo que aportó Clío para señalar a quien fue en verdad el Libertador del Perú. Volvamos a los escritos de Bolívar. Desde su primera carta a San Martín sobre el destino de Guayaquil (Quito, 22-vi-1822) hasta su salida del Perú (Lima, 1-ix-1826), escri- bió el Libertador más de 600 cartas. Trató en ellas de los infinitos problemas que le imponía tanto la organización de su ejército como la política del Perú: y las altas cimas de la constitución boliviana coexisten lado a lado con esas comunicaciones por las que urgía la remisión de hierro de Vizcaya para poder herrar los apolíneos ca- ballos con los que triunfó en Junín.

El retiro de San Martín del Perú fue un hecho político capital, y Bolívar no podía guardar silencio sobre él. La supuesta omisión por parte del Libertador de comentarios sobre las pseudo consecuencias de la entrevista de Guayaquil es, for- zosamente, imposible. Para Bolívar fue indispensable valorar el retiro de San Mar- tín bajo todos sus aspectos, y para quien se tome el trabajo de estudiar su corres- pondencia, saltarán por doquier los comentarios sobre San Martín y su gobierno, sobre su retiro y sobre el consecuente caos que Bolívar heredó. Estos comentarios bolivarianos constituyen, además, testimonios intachables psicológicamente hablan- do, pues forman parte de los elementos políticos que manejó el Libertador para alcanzar la independencia del Perú.

Haremos caso omiso de las dos comunicaciones de José Gabriel Pérez, a la sazón Secretario del Libertador, sobre la Conferencia de Guayaquil. Los zoilos las han tildado de sospechosas, no obstante que Bolívar mismo las confirma (a San- tander, 3-viii-1822). Sin recurrir a ellas —y he aquí el hecho que motiva el pre- sente artículo— nada, nada justifica la carta de Lafond. Por lo contrario, toda la larga y variada correspondencia de Bolívar confirma que San Martín se retiró fundándose en consideraciones políticas y militares que resultaron equivocadas; que el Perú cayó en un caos imprevisto por el Protector, y que sólo ese caos per- mitió: a los peruanos, sobreponerse a su profunda desconfianza y antipatía por Bolívar; y a Bolívar, superar sus propias dudas, las debilidades internas de las que adolecía Colombia, y entregarse de lleno a una empresa cuyas dificultades titánicas nunca se le escaparon.

\* \* \*

Los grandes generales han triunfado porque han justipreciado a sus adversa- rios. Bolívar no es la excepción a esta regla, ni lo son tampoco sus triunfos en el Perú. Al ejército real que desde el Cuzco soñaba con repetir las hazañas de Huan- co Capac, le atribuyó desde un principio el poderío que realmente tuvo. Desde Guayaquil, casi sin dar tiempo a que San Martín saliera de la ría, expresa sus te-

mores de que el enemigo pudiera triunfar (a Santander, 3-viii-1822). Muy pocos días requirió para confirmar esos temores: fue el comandante del antiguo batallón "Numancia", ahora patriota —no otro que el venezolano Tomás de Heres— quien corrobora su "inquietud mortal". Desde entonces, Bolívar quedó convencido "de la incapacidad de los jefes del Perú y de la mucha capacidad de sus contrarios" (a Santander, Cuenca, 13-ix-1822), y nunca se apartó de la idea de que el ejército español era un cuerpo espléndido, hecho a la medida de los Andes y conducido por generales patriotas y capaces. "El ejército real del Perú (resume a Santander, Cuenca, 29-ix-1822), puede neutralizar todos nuestros sucesos y renovar la lucha con el mismo peligro que antes".

Para destruir ese fortísimo enemigo contaba Bolívar con su propio ejército, aquel que venía con él de la "altura indecible", y que lo seguía adelante, siempre adelante, "quebrantando noche y distancia". Y desde su primera comunicación a San Martín, recién cortados los laureles de Bomboná y Pichincha (Quito, 17-vi-1822), lo pone a su disposición: sea Ud., le dice, quien termine la guerra en América. Le renovaba así una promesa extendida desde Trujillo, 23-viii-1821. Pero esta oferta no la recogió San Martín en Guayaquil: "no me ha dicho que trajese proyecto alguno" relató Bolívar a Santander por carta de 29-vi-1822—, ni ha exigido nada de Colombia pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso". En efecto Bolívar le proporcionó dobles reemplazos a la División de Santa Cruz (que devolvía a San Martín) y le suministró una primera División Auxiliar Colombiana.

En Guayaquil quedó intranquilo el Libertador. Sabía, aunque San Martín no se lo dijera, que combatir contra La Serna y contra Valdés a la ligera significaba el desastre. Nada le había pedido el Protector, pero de motu propio, casi de inmediato (el siguiente 9 de septiembre) ofreció a los gobiernos de Chile y del Perú otros cuatro mil hombres. El gran guerrero delinea ya su estrategia peruana, y anhela que San Martín "no aventure nada hasta que no haya recibido los cuatro mil hombres que le he ofrecido (pues) entonces habrá mayores probabilidades de suceso". El envío de estas tropas nunca estuvo ligado al mando directo de Bolívar, pues su anhelo era, simplemente, el triunfo de la revolución de independencia. La caída de San Martín no alteró el empeño de Bolívar. Al mariscal La Mar, electo Presidente de la Junta Gubernativa, le reiteró su oferta: "Puede Ud. contar, le dijo, con todo lo que dependa de mí para ayudarle a alcanzar el término de su carrera con dicha y gloria" (Loja, 14-x-1822). Pero la oferta de tropas colombianas, aun sin Bolívar, fue mal recibida en el Perú, y tanto el gobierno como La Mar en lo personal, la declinaron. No sólo eso, sino que le devolvieron a Bolívar su primera División Auxiliar, esa misma que le enviara a San Martín.

El rechazo no amilanó a Bolívar. Conocía demasiado el peligro que simbolizaba la victoriosa presencia de los españoles en el Perú, y si bien quejándose con Santander (esa gente "no se entiende ni yo la entiendo"), insiste en sostener con tropas colombianas al nuevo presidente del Perú, don José de la Riva Agüero. Le asegura en efecto que podrá "contar siempre con el ejército de Colombia para defender el gobierno y al pueblo del Perú" (Babahoyo, 13-vi-1823). Para entonces la situación había profundamente degenerado, a grado tal que las tropas colombianas y el nombre refulgente de Bolívar parecían los únicos diques capaces de con-

tener la avalancha realista. Entonces, y sólo entonces, se inició la última etapa de la campaña libertadora en el Perú, la bolivariana.

Esa campaña se realizó con un ejército colombiano auxiliar de poco más de seis mil hombres, es decir, casi el doble de los que combatieron en Boyacá, algo más de los que triunfaron en Carabobo. Estos soldados formaron la espina dorsal del ejército con el que alcanzó Bolívar sus victorias definitivas. Los grandes recursos que a solicitud suya puso en movimiento Santander, no llegaron a tiempo. La independencia del Perú se ganó pues, básicamente, con los mismos soldados que desde septiembre de 1822 ofreció Bolívar a San Martín. Hubo, sí, una importantísima diferencia: en 1822 existía en pie de guerra un ejército aliado chileno-argentino con cuya cooperación hubiera sido posible una pronta victoria. La presencia de esos fabulosos ejércitos cuya supuesta negativa por parte de Bolívar utilizó San Martín para renunciar (siempre en la versión de Lafond), nunca cristalizó. Tampoco le fueron necesarios a Sucre para la gloria de Ayacucho.

La ayuda que Bolívar ofrendó y consagró al Perú se fundaba en sólidas razones. Ellas, también, hacen írritas las acusaciones de ambición que se le enrostran. A Santander, y reiteradamente por cierto (Guayaquil, 21-vi, 22-vii y 29-viii-1822), le afirma que sigue hacia el Perú una política generosa: con un vecino con quien se tiene importantes diferencias limítrofes (Jaén, Mainas, Guayaquil), “la mejor política es la rectitud”. Motivos castrenses apoyan además su oferta de tropas al Perú. Para las desoladas provincias del sur de Colombia era imposible alojar, vestir y alimentar un gran ejército. A fuer de militar veterano, temía el Libertador esas condiciones, en las que la tropa perdería su moral, primero, y su fuerza después. Y como el enemigo “no es cosa ajena sino muy propia”, se interesa en que su ejército conserve su calidad guerrera a costa de los españoles del Perú. Para nada le preocupa un mando más allá del Guayas; el egoísta providente por ningún lado aparece; sí en cambio un militar preocupado por la moral del soldado y por su menestra.

La verdad es que Bolívar se encontró, en septiembre de 1822, en una situación asaz inusitada. Después de luchas que en esta edad de hierro no podemos comprender, como diría Cervantes, el Libertador había redondeado la Colombia de sus sueños. La gloriosa carrera que entreveía para su hija predilecta ocupaba todos sus anhelos, y el gran hombre que había infatigablemente combatido por doce años, al fin se relaja. “Por Dios, le dice a Santander desde Guayaquil el 29-vii-1822, por Dios que no quiero más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna”.

La correspondencia de Bolívar señala, sin dejar lugar a duda, que su decisión de ir al Perú fue tomada tras profundas congojas. La salida de San Martín duplica sus cavilaciones, las que le producen “una indecisión que pocas veces he sufrido”. Todavía en enero de 1823 reitera a Santander la indecisión en que se halla: “No sé lo que me haré en estos días. Mucho deseo ir a ayudar a Ud. contra los bochincheros, pero no sé si haré bien en dejar lo cierto por lo incierto, como el perro de la fábula”, pues Pasto, Quito y Guayaquil no deben abandonarse (8-i-1823). Muchos factores parecen impulsarlo entonces para regresar a Norcolombia y redondear su gloria; por ello, y con fecha del 12 de marzo del mismo año, se queja con Santander por hallarse “en una situación muy crítica y obrando a locas, sin saber

el verdadero estado de cosas ni en el Perú ni en Colombia. Si pierdo tiempo se pueden agravar los males, y si me apresuro, quien sabe si mis cuidados por el Perú perjudicarán a Colombia”. Como resumen de sus pesares, que dejan sin base la fantasía del Libertador maquiavélico, sea que bosqueja a carta de Lafond, viene una frase que hallamos en su carta a Riva Agüero (13-iv-1823); allí habla de su “aprensión íntima de que mi marcha a Lima pueda ser mirada por mis enemigos con muy mal ojo. Ha habido un Bonaparte, y nuestra propia América ha tenido tres césares (Iturbide, O’Higgins y San Martín) . . . nadie se persuade que, habiendo seguido la carrera militar como aquellos, no me halle animado de su odiosa ambición. . . El deseo de terminar la guerra en América me impele hacia el Perú, y me rechaza, al mismo tiempo, el amor a mi reputación; de suerte que fluctúo y no decido nada porque los dos motivos contrarios me combaten con igual fuerza”. Y tan cierta era su indecisión que pocos días después se puso efectivamente en marcha hacia Norcolombia. Fue en Sabaneta donde lo detuvo el destino, pues allí recibió la noticia de haberse rechazado en Maracaibo la invasión del español Morales. Sólo entonces —el 3 de mayo de 1823— decidió encargarse de “menear una máquina inmensa que tengo que poner en acción para expulsar los españoles del Perú”.

\* \* \*

El sol de Ayacucho —¿y por qué no hablar de él, cuando aceptamos como natural el de Austerlitz?— ha hecho desaparecer muchas sombras; entre otras, las que cubrieron al Perú desde que “San Martín se fue para Chile y ha dejado el Perú entregado a todos los horrores de la guerra y de la anarquía” (Bolívar a Urdaneta, 27-x-1822). En su proclama de despedida, San Martín salva su responsabilidad descargando su autoridad en el Congreso; pero como militar, ¿era realmente posible afirmar que dejaba un país independiente? Y si no era esta la situación, ¿no tenía la obligación de haber empalmado su salida con la llegada de Bolívar? O bien, y si esto era imposible, ¿no debía haber señalado con índice de fuego los grandes sacrificios que demandaba la salud pública? En ocasión semejante Bolívar no soslayó sus compromisos. Sus comunicaciones a Torre Tagle y a José María Galdiano, éste presidente del Congreso peruano (Pativilca, 7-i y 5-ii-1824) ponen en evidencia que el país se hundía a menos de adoptar “un pronto, fuerte y terrible remedio”. ¿Que cuál era? De tiempo atrás lo había previsto Bolívar: “Solamente un ejército magnífico, con un gobierno muy fuerte y un hombre cesáreo puede arrancarles el Potosí y el Cuzco a esos españoles” (Bolívar a Santander, Guayaquil, 29-iii-1823).

Aquel Perú cuya salvación finalmente aceptó Bolívar distaba mucho de ser el que abandonó San Martín. Sin la presencia del Protector, sin la aureola de su prestigio, todo cayó por tierra, y el Libertador no exageraba cuando veía el futuro con un extremo pesimismo. A Sucre —y todavía desde Guayaquil, el 24-v-1823— le dice que “pretender que con nuestros elementos se logre un éxito feliz, es mandar a las cumbres de los Andes a sembrar árboles de cacao”. Pero el hombre Bolívar —como dirían los bardos africanos— es extraordinario y no lo amilanan las labores titánicas. Eso sí, llega al Perú con los ojos bien abiertos, por lo que se ocupa sobre todo en lograr una paz negociada. ¡Extraña gestión para quien había

decidido ir al Perú a redondear su gloria militar! Entabla con el enemigo y desde un principio, tratos semejantes a los realizados por San Martín, y los continúa por largos meses, apoyándose en los acontecimientos europeos: “nuestros negocios —le dice a Riva Agüero en la citada carta de 13-iv-1823—, se están desarrollando en el gabinete de Londres y en los campos de la Península... no debemos dar un paso que no esté marcado con una seguridad infinita... una victoria más no aumentará nuestro peso o volumen, y la pérdida de la capital de Lima quita el prestigio de la independencia del Perú”. A Sucre, le reitera sus instrucciones de mantener “con la mayor apariencia nuestra posesión del Perú”, sin correr “un riesgo inminente, exponiéndose a la suerte de las armas en momentos en que la América está pendiente de la política europea”. En este empeño, que el propio Bolívar califica de “pazomanía”, persiste, hasta que la nefasta negociación encomendada a Berindoaga pone fin a toda idea de transacción. Fue entonces, cuando los aliados surianos desesperaron de la causa del Perú y cuando todo cayó por tierra, cuando surge el Libertador del año de 13. Y con esa su energía sobrehumana, y con su genio, y con la coyuntura que le proporcionó la rebelión de Olañeta en el Alto Perú, pudo trastocar las tablas, esta vez en favor de la patria americana.

Pero volvamos al año de 1823. ¡Negociar la paz con los españoles! ¿Y para eso había venido Bolívar al Perú? La búsqueda de esta paz, en la que tanto se empeñó San Martín, nos señala, otra vez, que el Libertador se decidió a cruzar la frontera surcolombiana hasta que lo llamó una nación hermana que se hundía, y cuyo consecuente vacío retrotraería la independencia de Colombia. Tampoco olvidemos que fue hasta entonces cuando llegó el permiso que como Presidente de Colombia requería Bolívar para combatir en territorio extranjero. La carta de Lafond ridiculiza este permiso, como si se tratara de una simple formalidad, con lo que revela ese desprecio que los europeos o europeizados— tienen por nuestras instituciones. Es bien sabido que el Congreso Colombiano distaba mucho de ser un instrumento de Bolívar (a Santander, 30-v-1823), como lo comprobó poco después al poner en peligro la campaña misma, retirando a Bolívar el mando del ejército colombiano; y esto, en vísperas de Ayacucho.

Cuando Bolívar pasa al Perú su presencia era absolutamente indispensable. El país se desmoronaba, de día en día, y además el triunfo del absolutismo en España —gracias a la neutralidad inglesa— no era ya dudoso. Y el peligro que representaban los apetitos de un Fernando azuzado por unos primos ansiosos de hacer recuperar a Francia su influencia y su prestigio, era evidente.

Esta idea del prestigio, si bien en su aspecto personal, nos lleva a otra de las afirmaciones de la carta de Lafond: que Bolívar no aceptó que San Martín sirviera bajo sus órdenes. Increíble parece que si lo que Bolívar buscaba era la gloria, se rehusara a contar a San Martín como uno de sus subordinados. Toda la psicología del Libertador está reñida con esta afirmación, como lo está con otros ejemplos que nos aporta la campaña en el Perú. Por que Bolívar no tuvo empacho en admitir a O'Higgins entre sus conmlitones: “Por mi parte, le dice, ofrezco a Ud. un mando en el (ejército), si no correspondiente al mérito y situación de Ud., a lo menos propio a distinguir a cualquier jefe que quiera señalarse en un campo de gloria” (Huaraz, 14-vi-1824). También con alacritud aceptó los servicios del mariscal La Mar, con todo y que este había ejercido la presidencia del Perú; y fue La

Mar quien tuvo a su cargo las tropas peruanas y quien escribió con ellas la más hermosa de sus páginas de gloria. ¿Por qué sí a O'Higgins, sí a La Mar y no a San Martín? La aceptación por este de un mando subalterno, ¿no implicaba ya la superioridad de Bolívar? Y el Libertador, que había logrado doblegar tantos hombres reacios y voluntariosos, ¿no se habría ufano de contar a San Martín entre sus auxiliares, y no habría esto redundado en su gloria? Desde el ángulo de la historia militar este infundio no tiene pies ni cabeza.

Tras considerables conjugas, y sólo hasta que se superaron graves obstáculos, pudo Bolívar llegar a un Perú a punto de volver a ser totalmente colonizado. Aun entonces, con el Libertador ya presente, las cosas siguieron empeorando. A la zaga de la partida de San Martín se habían enseñoreado anarquía y derrota, y la corriente cambió hasta que un agonizante Congreso concedió a Bolívar la dictadura. Fue entonces, ya en 1824, cuando empezó la verdadera guerra. Basta leer sus instrucciones a Sucre, a Necochea, a La Mar, para percatarnos del inmenso cúmulo de sacrificios que la guerra encomendada a Bolívar impuso al Perú. El extraordinario guerrero revela una energía demoníaca que no va a la zaga de la que manifestaron Carnot o Danton para salvar a la república... pero el robo del fuego de Prometeo trajo como reato el odio intermitente que hasta hoy le conservan todas las capas de la sociedad peruana... tamaños sacrificios se hubieran aceptado si impuestos por uno de sus propios hijos... o, quizás, de uno que se hubiese, después, peruanizado...

\* \* \*

¿Que opinión se formó Bolívar sobre San Martín? Tendremos que alejarnos del estereotipado dictamen que el Protector dictó a Lafond hablando sobre Bolívar; contaremos, en cambio, con juicios escalonados en el tiempo y concretados como elementos de la acción política. Dos son las cartas en las que Bolívar opina sobre la personalidad de San Martín: a Santander y a Peñalver (29-vii y 26-ix de 1822) les dice que "me pareció lo mismo que ha parecido a los que más favorablemente juzgan de él", aunque (agrega), "no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas".

Que ido a Chile se abstuvo San Martín de entrar en Santiago no asombró a Bolívar, quien lo atribuyó a "vergüenza o moderación". Tampoco le asombró que algunos en el Perú procuraran su regreso, aunque apuntó que "por supuesto San Martín no añade nada al bien del Perú, porque él mismo es un principio de división" (a Santander, 8-i-1823, 4-xiii-1823). A la administración de San Martín se refirió varias veces: para negar permiso a Sucre de aumentar el prest del soldado, por ejemplo, como también para criticarla, tachándola de corrupta e ineficaz (a Santander y a Heres, 7-iv y 27-x-1825, entre otras). En materias de fondo, censura la tendencia monárquica del Protector: antes de que le fuera confirmada la renuncia y salida de éste, por ejemplo, creyó que San Martín "ha tomado el freno con los dientes" para imponer una monarquía en el Perú, aun a riesgo de perder "su tierra por estar pensando en tronos" (a Peñalver, ya citada, y a Santander, 14-xi-1822). Más acucioso todavía es el comentario que hace a Revenga, 26-ix-1825, al negarse a refrendar a García del Río "los poderes de la comisión que obtuvo del Gral. San Martín para negociar la venida de un príncipe al Perú".

Entremos ahora al nudo de la cuestión que se esfuerza en decidir en su favor don Eduardo Colombes Mármol. Para Bolívar no cabe duda que la partida de San Martín del Perú abrió la caja de Pandora. “Mucho se ha hecho, dice a Santander el 23-xii-1822, con no haberse perdido todo en el estado en que quedaron las cosas con la salida de San Martín”; esta opinión la confirma a La Mar (14-x-1822). La censura sobre la manera como San Martín abandonó el Perú se reafirma: los nuestros, dice a Santander el 11-x-1822, “deben desanimarse mucho con el escape de San Martín, que debe aparecer como una declaración del peligro en que se encuentra el Perú, como realmente lo tiene”. Los años no modificaron su criterio, y en importantísima carta a Unanúe (28-xii-1825) le afirma que deja bien asentado a Sucre en Bolivia, pues “no quiero que, en mi tiempo, ni bajo mi responsabilidad, se diga que he dejado la anarquía entablada, como la dejó el señor San Martín”.

El leit-motif de que San Martín partió sin tomar en cuenta sus responsabilidades, sirve al Libertador para presionar la aceptación de su renuncia ante el Congreso de Colombia. A ese cuerpo pide en efecto que le conceda la gracia de aceptarla, en recompensa de sus catorce años de servicios, y veladamente, se refiere al “terrible ejemplo” que le ha dado el Protector. A Santander le aclara que este ejemplo consiste en irse sin contar con la anuencia del Congreso (7, 9 y 23 de enero de 1824).

En otro nivel, San Martín ofrece a Bolívar uno de esos ejemplos vivos que él, como conductor hispanoamericano, tiene que tomar en cuenta. Al igual que O’Higgins e Iturbide, San Martín se le presenta como un coloso que ha fracasado, que ha probado su mala suerte por no haber amado la libertad; esta crítica a los tres estadistas la reitera, poniendo en relieve “la manía miserable de querer mandar a todo trance” (a Riva Agüero, ya citada; a Santander, 15-iv-1823). No sería Bolívar el Libertador si no aprovechara este ejemplo para sumergirse en el lago profundo de su filosofía histórica, y a Santander (30-v-1823, y 23-i-1824) le habla de su “época de catástrofes: todo nace y muere a mi vista como si fuera relámpago, todo no hace más que pasar... San Martín... (todo), en fin, todo cae derribado, o por la infamia o por el infortunio. ¿Y yo de pie? No, no puede ser; debo caer”.

El ejemplo de San Martín sirve también a Bolívar para espolear a Sucre: “Llene Ud. su destino —le dice en carta de 20-i-1825—, ceda Ud. a la fortuna que lo persigue, no se parezca Ud. a San Martín y a Iturbide, que han desechado la gloria que los buscaba”. Y al censurar las decisiones políticas de Sucre con respecto a Bolivia adelanta este comentario: “Yo sentiría mucho que la comparación fuese odiosa, pero se parece a lo de San Martín en el Perú: le parecía muy fuerte la autoridad de general libertador y, por lo mismo, se metió a dar un Estatuto Provisorio, para lo cual no tenía autoridad” (21-ii-1825).

\* \*

Concluamos:

Rendimos homenaje a la devoción filial de don Eduardo Colombes Mármol; bien podemos aceptar que las cartas que adquirió su progenitor fueron elaboradas durante la primera mitad del siglo pasado.

---

Ello dista mucho de probar sin embargo que sean legítimas. Del análisis que antecede fundado en su totalidad sobre la correspondencia del Libertador queda en claro que la carta de Lafond —y por consiguiente las de Colombres Mármol— está reñida con toda la estructura política de la acción libertadora de Bolívar en el Perú. Nada hay en las más de 600 cartas que abarca el período peruano del Libertador que confirme la tesis de Lafond; en cambio son multitudes las que revelan pensamientos, acciones y decisiones que flagrantemente la contradicen.

Razón tuvo pues Restrepo para desechar de plano la carta de Lafond. Y razón tenemos nosotros para desechar los documentos de Colombres Mármol, por una parte, y ponderar en cambio los escritos de María Graham y de John B. Prevost —este último agente especial de los EUA en Chile, Perú y Buenos Aires—; estos dos individuos trataron al Protector a su regreso a Chile, y como testimonios de primera mano ofrecen una versión tan diametralmente opuesta a las de Lafond y de Colombres Mármol, como cercana a la verdad.